

cuantos remedios la medicina enseña para estos males, sin seguirse dellos provecho alguno. Y desconfiado ya de los remedios, procuró saber de los que esta esclavilla trajeron de su tierra, si habia sido bautizada. Y entendiendo que no lo era, ordenóle su bautismo con su torta de pan y candelá, y con todo lo demás que para esto se requeria, y así fué bautizada. Y dende aquel día hasta lo postrero de su vida, ninguna cosa hubo en ella de las que ántes padecía. Aquí no há lugar fingimiento, porque en tan tierna edad no se pueden sospechar fingimientos, y mas tan costosos y de tan largo tiempo. Pues aquí tenemos otro milagro, y otro no ménos ilustre testimonio de la virtud del santo bautismo, y por consiguiente de la verdad de nuestra fe.

A este testimonio de nuestra santa fe y religion, añade otra cosa, y es que ántes de la pasion de nuestro Salvador, los demonios hablaban por boca de los ídolos, y respondian á los que les preguntaban; y con esto traian engañado el mundo, haciéndole creer que el ídolo era Dios vivo, pues hablaba y adivinaba. Mas despues de la gloriosa victoria y triunfo de la Cruz (con la cual fueron quebrantadas las fuerzas desta antigua serpiente), así como su señorío se fué apocando, así estas respuestas fueron cesando: lo cual no solo testifican escritores cristianos, sino tambien gentiles. Porque Plutarco, gravísimo autor, y maestro que fué del emperador Trajano, escribió un libro en el cual trata este argumento, que es, por qué habian cesado en sus tiempos las respuestas de los dioses, que ellos solian dar. El veia en el mundo este efecto, mas no sabía la verdadera causa, que era la victoria de Cristo contra el demonio.

Y pues habemos llegado á este paso, no dejaré de referir aquí una singular obra de Dios, y una maravillosa conversion de un sacerdote de Apolo: la cual refiere Eusebio en la Historia Ecclesiástica, tratando de las virtudes y milagros de Gregorio, obispo de Ponto. Dice pues él, que caminando una vez este santo varon por los montes Alpes en tiempo de invierno, y llegando á la cumbre, siendo ya cerca de la noche, halló todo el monte lleno de nieve, y ninguna casa y lugar do se abrigase. Habia solamente cerca un templo de Apolo, y por aquella noche metióse dentro dél, y á la mañana fué su camino. El sacerdote de aquel templo tenia costumbre preguntar allí á Apolo, y recibir sus respuestas, y referirlas á los que le consultaban, y con esto ganaba su vida. Despues que allí estuvo Gregorio, venia el sacerdote, segun acostumbraba, y proponia sus preguntas y demandaba respuestas, y nada se le respondia; ofreciale mas sacrificios, y ninguna cosa aprovechaba; acrescentaba ofrendas, y todavía perseveraba mudo. Y como el sacerdote se congojase espantado del nuevo callar de su Dios, aparecióle el demonio en sueños la noche siguiente, y díjole: ¿Para qué me llamas allí donde ya no puedo venir? Y preguntado por la causa, dijo: que despues que allí entró Gregorio habia sido desterrado. Pidióle el sacerdote remedio, y el demonio respondió que por ninguna via podia mas entrar en el templo, si Gregorio no le alzaba el destierro. Oído esto, el sacerdote se puso luego en camino, y siguió á Gregorio fatigado de pensamientos, hasta que le alcanzó. Al cual descubrió lo que pasaba, pidiéndole remedio en recompensa del hospedaje y abrigo que en su templo halló en la necesidad del frio; porque su dios se querellaba, y él perdía su mantenimiento: así que le rogaba restituyese á ambos en su primer estado. El sanc-

to varon sin detenimiento escribió una carta desta manera: Gregorio á Apolo. Yo te permito volver á tu lugar, y hacer lo que solias. Recibió el sacerdote esta carta, y llevóla al templo, y en poniéndola en la mano del ídolo, luego el demonio entró en él, y respondió á lo que le fué preguntado. Entónces el sacerdote volviendo en sí, dijo: Si Gregorio mandó, y dios huyó, y si Gregorio mandó, y Dios volvió, ¿cómo no es mejor Gregorio que el dios que obedece mandamiento de Gregorio? Dicho esto, cerró las puertas del templo, y volvió en seguimiento de Gregorio, llevando consigo la carta que le habia dado, y descubrióle por órden lo que habia pasado; y derribándose á sus piés, le rogó que por sus manos le ofreciese al verdadero Dios, por cuya virtud los dioses de las gentes obedescen á sus siervos. Y como porfiase y perseverase en su demanda, comenzó á enseñar la católica doctrina. Y viviendo por algun tiempo castísima y abstinentísimamente, dejados no solos los errores paganos, mas todos los ejercicios y los bienes mundanales, fué bautizado. Y tanto creció en virtud y merescimiento de vida, que fué sucesor de Gregorio en su mismo obispado. Y no solamente se señaló en obras de excelentes virtudes, mas asimismo en doctrina y en declaracion de las divinas Escrituras. Hasta aquí son palabras de Eusebio: las cuales quise referir aquí, no solo para el propósito de la victoria de Cristo contra los demonios, sino tambien para que se vean las maravillas de las obras de Dios, y los medios de que usa para salvar las ánimas, y hacer de las piedras hijos de Abraham (l).

## CAPITULO XXX.

Del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo.

Agora será razon tratar del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo: el cual hace fe, y da verdadero testimonio de los otros milagros que para este efecto se hicieron. Bien veo cuánto esta materia sobrepuja toda la facultad de las palabras humanas, y por esto pido yo aquí favor á aquel Señor que hace eloquentes las lenguas de los niños (a), y habla cuando él es servido por boca de las bestias (b), quiera él por esta hablar alguna pequeña parte desta tan grande maravilla, la cual suspende y arrebatá con una gran suavidad los corazones de los que la saben estimar: como lo significó el profeta Esaías, cuando hablando con la espiritual Hierusalem, que es la Iglesia cristiana, dice (c): Levanta los ojos y mira al derredor de tí. Todos estos que ves, se ayuntaron y vinieron á tí. Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas se levantarán de tus lados. Entónces verás, y alegrarte has, y maravillarse há, y ensancharse há tu corazon, cuando vieres convertida la muchedumbre de las islas de la mar, y la fortaleza de las gentes (que son las naciones principales del mundo) vinieren á tí. Este singular fructo (que es admiracion de las obras de Dios) junto con la confirmacion y acrescentamiento de la fe, se sigue desta consideracion.

Pues para entender la grandeza desta obra, conviene que ponderemos no solo la substancia della, sino tambien todas las circunstancias, conviene saber, lo que se predicó, y á qué género de personas se predicó, y qué personas lo predicaron, y cuáles eran los que resistian á esta predicacion, y de qué manera resistian, y final-

(l) Matth. 3. (a) Sap. 10. (b) Num. 22. (c) Esai. 60.

mente qué fructo se siguió desta predicacion. Estas seis circunstancias declararemos agora por su órden.

I. Cuanto á lo primero, como en el hombre haya dos principales potencias, que son entendimiento y voluntad, á ambas ellas proponian los predicadores las cosas mas arduas y dificultosas que se les podian proponer. Porque al entendimiento proponian las cosas siguientes: conviene saber, la resurreccion de los muertos, en la cual obligaban á creer que el cuerpo humano despues de hecho polvo en la tierra, ó quemado y vuelto en ceniza, ó comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, habia de resuscitar el día del juicio, no otro cuerpo fabricado de nuevo, sino el mismo que fué.

Predicaban tambien el misterio de la santísima Trinidad, en el cual (segun la católica doctrina) se ha de creer que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; mas que no son tres Dioses, sino un solo Dios. Asimismo predicaban el misterio del santísimo sacramento del Altar, confesando que por virtud de las palabras de la consagracion, la substancia del pan y del vino se convertian real y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Cristo; y que en cada una destas partes estaba toda la divinidad y humanidad deste mismo Señor.

Cosas eran estas arduas y dificultosas de creer; pero muy mas lo era creer y confesar la divinidad de Cristo, por las dificultades que á la razon humana se ofrecian para esto. Porque primeramente, como el misterio de la encarnacion y concepcion deste Señor por virtud del Espíritu Santo estaba encubierto al mundo, el Salvador, como dice Sant Lucas (d), era tenido por hijo de Josef, por saber que era casado con la Virgen. Pues predicar que un hombre tenido generalmente por hijo de un carpintero (que con una azuela y una sierra ganaba de comer en su tienda) era verdadero Dios, que habia criado el sol, y la luna, y las estrellas, y todo este mundo, era cosa de escarnio para los gentiles. Y así Sapor, rey de Persia, que adoraba al sol, viendo ante sí un caballero cristiano, díjole por escarnio: ¿Pues todavía perseveras en adorar al hijo del carpintero? A esta humildad se juntaba la muerte de cruz. Y no habemos de mirar la cruz con los ojos que agora la miramos y reverenciamos, sino con los que entónces el mundo la miraba y aborrescía. Porque este género de muerte tenían por mas ignominioso que agora es la horca; porque el tormento del crucificado era sin comparacion mayor que el del ahorcado, porque este se acaba en un soplo, y el otro duraba mucho, y con intensísimos dolores, por ser las heridas en los lugares mas llenos de nervios, que son los instrumentos del sentir, y cargando el peso del cuerpo para abajo, estaba siempre creciendo mas y mas el dolor. Y allende desto crucificaban al paciente desnudo, que es cosa de gran vergüenza y desabrigo: lo que no hacen con los que ahorcan. Pues segun esto, predicar al mundo que un hombre crucificado en compañía de ladrones era Dios, era tanto y mas como decir que un hombre ahorcado era Dios, criador de los cielos, y de la tierra, y de la mar. Y que dende la cruz movia los cielos, y sustentaba y gobernaba toda esta máquina del mundo, era para la opinion de los gentiles, como dice el Apóstol (e), pura locura. Estas eran las cosas que los predicadores del Evangelio proponian al entendimiento humano para que las abrazase y creyese.

(d) Luc. 3. (e) 1. Cor. 1.

Pues no eran ménos arduas y dificultosas para obrar las que proponian á la voluntad, y á los apetitos de nuestra carne; porque los mismos predicadores enseñaban que la vida cristiana era una perpetua cruz y mortificacion de la carne con todos sus aliados, que son todos sus gustos y apetitos. Y así el Señor, como refiere Sant Marcos (f), llamando las compañías que le seguian junto con sus discípulos, dijo en comun á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Negar á sí mismo es contradecir á todos los apetitos y deseos desordenados de su carne, y tratarse en esta parte, no como amigo, sino como á extraño; y tomar su cruz es aparejarse para los trabajos que se han de pasar en la conquista del reino del cielo, y en la vereda estrecha de la virtud; y seguir á Cristo es ir por el camino que él fué, que fué camino de humildad, de pobreza, de paciencia, de obediencia y de cruz.

Pues las mismas liciones hallaremos en Sant Pablo (g): el cual dice que los que son de Cristo crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. Y mortificada la carne (h), quiere que vivamos segun las leyes del espíritu, que son contrarias á la carne (i): para lo cual es necesario perpetuo pleito y continua guerra con todos los apetitos y sentidos della.

Y en la Epístola á los de Corinto (k) declara mas en particular los fueros y leyes desta profesion, diciendo: Hermanos, en todas las cosas nos hayamos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en persecuciones, en trabajos, en vigiliás, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanidad, en suavidad en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en tratar verdad, en virtud de Dios; armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, caminando por honras y por deshonras, por infamia y por buena fama, tenidos por engañadores, siendo fieles y verdaderos. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Pues ¿cuántas maneras de asperezas se contienen en estas palabras? Esta es pues la profesion del cristiano, y esta la filosofia y doctrina que el Apóstol proponia á los fieles, llena de tantas maneras de trabajos.

II. Agora veamos cuáles eran los hombres á quien esta ley tan espiritual y tan enemiga de la carne se predicaba. Esto declara el mismo Apóstol en el principio de la Epístola á los Romanos (l), y en la Epístola á los de Efeso (m); y notando sus vicios y pecados, dice que como tenían perdida la esperanza de la otra vida, y no pensaban que habia mas que nacer y morir, se entregaron á todo género de torpezas, y deshonestidades, y cobdicias, y en esto empleaban toda la vida; y la causa de todos estos males era la idolatría. Porque como la verdadera religion y temor de Dios sea freno de todos los vicios, estando esta tan pervertida, que en lugar del verdadero Dios adoraban piedras, y palos, y dragones, y crocodillos, y búeyes, y cabrones, y serpientes, y (lo que peor es) dioses carnales y adúlteros, ¿cómo podrian dejar de ser adúlteros los que tales dioses adoraban, pues en esto los imitaban? Estas pues eran las costumbres de los hombres á quien la sanctidad y pureza del Evangelio se predicaba; estas las tinieblas, y la ceguedad, y el estado miserable en que el mundo estaba tantos mil años habia (n). Porque aquel fuerte armado y cruel tiranno que

(f) Marc. 8. (g) Gal. 3. (h) Rom. 8. (i) Colos. 3.

(k) 2. Cor. 6. (l) Rom. 1. (m) Ephes. 2. (n) Luc. 11.



trajo el pecado, y con él la muerte del mundo, de tal manera lo tenía oprimido y tiranizado, que era imposible por fuerzas humanas ser librado de su poder. Porque constándonos por las historias que había muchos gravísimos y elocuentísimos filósofos en aquel tiempo, cuales fueron Aristóteles, y Platon, y Teofrasto, y otros discípulos destos que conocían clarísimamente la vanidad destos dioses adúlteros y bestiales, y el perdimiento y locura de los hombres que los adoraban, nunca hombre dellos con toda su ciencia, y elocuencia, y agudeza de ingenio, se atrevió á desengañar los hombres, y sacar al mundo de error tan pestilencial (o); porque á uno que lo tentó hacer, que fué Sócrates, le costó la vida.

III. Agora veamos cuáles fueron los instrumentos y ministros que Dios escogió para persuadirles esta ley, y juntamente para destruir y desterrar la idolatría del mundo. Para esto se debe presuponer, que el comun estilo de nuestro Señor, como el Apóstol dice (p), es escoger lo mas flaco, y mas abatido, y desvalido del mundo, y lo que apenas tiene ser, para derribar toda la potencia y sabiduría del mundo. Porque como él pretendía en todas sus obras la gloria de su santo nombre, poca gloria suya sería, si con lanzas parejas y iguales armas triunfase del mundo: su gloria es que con cosas flacas y abatidas quebrante la cerviz y poder de los soberbios. Desta manera por medio de una mujer flaca, que fué Judit (q), desbarató aquel grande ejército de los asirios; por mano de solo Jonatas (r), con un solo paje de lanza, el de los filisteos; por mano de Gedeon (s), con solos treientos hombres, el de los madianitas que eran innumerables; por mano de los mozos de espuelas de los príncipes de las provincias, el del rey de Siria (t). Y el mismo con ranas, y moscas, y mosquitos hizo cruda guerra al rey Faraon (v). Pues; qué diré de David (x)! El cual siendo un pobre pastorcillo, sin mas armas que una honda y un cayado, entró en desafío con un fiero gigante armado de todas armas, y muy diestro en ellas, y le mató, y cortó la cabeza con la misma espada que el enemigo traía. Y Samson (y) sin mas armas que una quijada de una bestia mató mil filisteos armados que venían á dar sobre él. Donde dice Sant Gregorio (z), que el Salvador, sirviéndose de la rudeza de los apóstoles, convirtió el mundo.

Pues siendo este el estilo de Dios, y siendo tanto mayores sus victorias cuanto mas flacos los instrumentos, de aquí es que para una tan maravillosa obra como fué la conversion del mundo, escogió los mas flacos y desvalidos instrumentos del mundo, que eran como las heces y escoria del. Porque escogió doce hombres (a) desta cualidad, y los mas dellos pescadores, y tan pobres, que algunos dellos (b) estaban remendando sus redes; hombres sin letras, sin filosofía, sin elocuencia y sin policía. Y sobre todo esto, eran de tan bajos espíritus, que siendo preso el Señor que tantas maravillas en presencia dellos había obrado, huyeron (c) y le desampararon con tanta cobardía, que uno dellos que venía desnudo, cubiertas las carnes con una sábana, queriéndole los enemigos prender, les dejó la sábana en las manos, y así vergonzosamente escapó (d). Y lo que mas es, el príncipe de los apóstoles, el mas animoso y esforzado, el que tuvo revelacion del Padre de la divinidad y gloria de su

(o) Aug. de Civ. Dei, lib. 8. cap. 3. (p) 1. Cor. 1. (q) Judith 13. (r) 1. Reg. 14. (s) Judic. 7. (t) 3. Reg. 20. (v) Exod. 8. (x) 1. Reg. 17. (y) Judic. 15. (z) Gloss. interlin. (a) Luc. 6. (b) Matth. 4. (c) Matth. 26. (d) Marc. 14.

Hijo (e); el que poco ántes se había ofrecido á acompañar al Señor en la cárcel y en la muerte (f), ese por solo temor de una mozueta, sin mas alguacil ni vara de justicia, negó al Señor en la misma casa donde él estaba (g). Pues; qué flaqueza, qué cobardía, qué deslealtad iguala con esta? Y si este, que era el mas esforzado, tan bajos espíritus tenía, ¿cuáles habían de ser los de los otros sus compañeros, que no eran tan animosos, ni habían visto al Señor transfigurado y glorioso como él (h)? Pues; qué mas flacos instrumentos se pudieran hallar? Pues estos tales ministros escogió la divina sabiduría para derrocar la idolatría y la potencia del mundo, y persuadir á hombres tan abominables cuales eran los gentiles, cosas tan dificultosas de creer, y muy mas dificultosas de hacer.

IV. Mas veamos quiénes eran los que resistían á la predicacion del Evangelio. ¿Quiénes? Mas; ¿quién no le resistía? Todos los reyes, y emperadores, y monarcas del mundo; toda la potencia del imperio romano, domador y vencedor del mundo; todas las islas de la mar; todas las gentes y naciones, no solo de gentiles, sino tambien de judíos; porque la predicacion de la Cruz á los unos era escándalo, y á los otros locura (i). De suerte que en todo lo que rodea el sol, no había nacion ni gente que no estuviese puesta en armas contra la predicacion de la Cruz.

V. Mas; ¿de qué manera resistían? Ya está arriba declarado (k), en el testimonio que los santos mártires dieron de nuestra fe con su sangre: que fué con las mayores crueldades y tormentos que todos los hombres instigados y enseñados por los demonios pudieron inventar, y en un cuerpo humano se pueden ejecutar.

#### §. I.

Prosigue la materia de la conversion del mundo.

Declaradas ya estas circunstancias, comencemos á filosofar sobre ellas, para que clarísimamente se vea que esta obra tan grande no se pudo hacer sin Dios. Estando pues el mundo zabullido en tantas maneras de vicios, sin que los grandes filósofos y sabios se atreviesen á darle remedio, y los reyes y gobernadores de la tierra no solo no lo procurasen, mas ántes ellos fuesen los autores de tantos males, estos hombres pobres y rudos que habemos dicho, se determinaron de sacar el mundo de tan espesas tinieblas, y desarraigada la maldad de la idolatría, plantar en sus corazones la verdadera religion. Mas; ¿con qué fuerzas, con qué riquezas, con qué nobleza, con qué habilidades, con qué artes y ciencias tomaron á pechos esta tan ardua y dificultosa empresa? Ya está dicho poco há. Porque si preguntais por la nobleza, eran de linaje bajísimos; si por las riquezas, eran pobrísimos; si por la ciencia, eran ignorantísimos; si por la elocuencia, eran de suyo barbarísimos; si por la delicadeza de sus ingenios, eran rudísimos; si por la manera de su vida, eran severísimos y gravísimos perseguidores de todas las deshonestidades y regalos del cuerpo, á que todos los gentiles estaban entregados. Por donde era necesario que todos los aborresciesen, y persiguiesen, como á hombres destruidores, no solo de su religion, sino tambien de todos sus gustos y regalos.

Pues veamos, ¿qué fin tuvo esa tan grande empresa? ¿Qué acabaron esos ministros que Dios escogió para esta

(e) Matth. 16. (f) Luc. 22. (g) Ibid. (h) Matth. 17. (i) 1. Corinth. 1. (k) Desde el cap. 16. hasta el cap. 27.

obra? Primeramente acabaron que aquellos dioses adorados y reverenciados en todos los siglos pasados, por todas las naciones, y reyes y monarcas del mundo, fuesen escupidos, y acocados, y quemados, y fundidos para hacer dellos bacías, y calderas, y otros vasos semejantes, como arriba dijimos (l). Y juntamente que sus altares y templos fuesen profanados, y puestos por tierra. Acabaron que creyesen todas aquellas cosas que dijimos ser tan arduas y dificultosas de creer al entendimiento humano, y señaladamente creyesen que un hombre tenido por hijo de un carpintero, y de quien todos sabían que por sentencia de juez había sido azotado y crucificado (que es como decir ahorcado), era verdadero Dios, hacedor de cielos y tierra, y Señor de todo lo criado; y que estando enclavado en la Cruz, movía los cielos, y regía el curso del sol y de la luna, y de todas las estrellas. Pues; ¿qué cosa mas admirable que hacer creer esto á los hombres, y creerlo de tal manera, esto es, con tanta firmeza y constancia, que ántes se dejasen hacer pedazos que menoscabar un punto desta fe? Esta es una de las tres maravillas que (según Sant Bernardo) la omnipotencia de Dios pudo juntar en uno, que fueron, Dios y hombre, madre y virgen, y fe y corazon humano: queriendo declarar por las primeras maravillas, que eran imposibles á todo el poder criado, esta maravilla de la fe, que es haber acabado con los hombres que, sin embargo de todas estas dificultades susodichas, abrazasen esta fe. Por donde algunos doctores, queriendo engrandecer esta obra, dicen que no saben determinar cuál haya sido mayor maravilla: ó morir Dios en una cruz por amor de los hombres, ó crear los hombres que era Dios el que así murió en cruz.

Acabaron tambien otra cosa no ménos dificultosa, que fué la mudanza de las vidas y de las costumbres que ántes tenían, tan mudadas, que de la carne hicieron espíritu, y de la tierra cielo, y de los hombres ángeles. Desto tratamos algo mas extendidamente en su propio lugar; mas para entender esto de raiz, era necesario leer las historias eclesiásticas que desto tratan, y mas especialmente las que escriben las vidas de los santos que en aquel tiempo hubo en diversas partes del mundo, de las cuales escribió Sant Hierónimo, Sant Juan Climaco, Teodoreto en la Historia Religiosa, Paladio, Casiano, Sulpicio Severo en sus Diálogos, y despues de todos estos Sant Gregorio en los suyos, y otros semejantes autores: los cuales cuentan maravillas de la sanctidad y pureza de vida que en aquella gloriosa edad florecía, en la cual estaba mas reciente la sangre, y la doctrina, y los milagros de Cristo, y de los santos apóstoles, adonde remitimos al cristiano lector. Mas aquí tocarémos algo brevemente de la sanctidad de aquellos tiempos, la cual en parte se conoce por la infinitad de mártires que en todas las partes del mundo padescieron constantemente; porque imposible era padecer tales tormentos, si no tuvieran una fe firmísima, y una esperanza segurísima, y una caridad encendidísima, y una fortaleza inexpugnable, y una paciencia incomparable, y finalmente todas las otras virtudes que para esta batalla eran necesarias. Porque si es verdad que no puede estar una perfecta virtud sin la compañía de todas las otras, ¿cómo pudieran estar las sobredichas virtudes en grado tan subido sin la compañía de todas ellas? Pues por este indicio entenderémos cuáles eran las vidas de

(l) Cap. 12.

los fieles en aquel tiempo, y cuán admirable fué aquella mudanza, que de hombres tan perversos (cuales eran los que adoraban los ídolos) se hiciesen ángeles y mártires de Cristo.

Acabaron otrosí que en el mundo (que era un desierto donde no había sino árboles estériles, que no servían para mas que arder en el fuego, ó para llevar manjar de puercos) creciesen árboles que llevasen frutos de vida eterna; y que los páramos y sequedades se convirtiesen en ríos y fuentes de aguas; y que en las cuevas donde moraban dragones, se hiciesen vergeles y paraísos de deleites. Porque los soberbios y crueles como dragones se hicieron humildes, y los carnales espirituales, y los avarientos liberales, y los crueles piadosos y misericordiosos. Hicieron que los que ántes robaban las haciendas ajenas, diesén por amor de Dios las suyas; y los que toda la vida gastaban en atesorar en la tierra, pudiesen sus tesoros en el cielo; y que los que hacían dios de su vientre, empleando todos sus cuidados y patrimonios en regalar su carne, la afligiesen, y maltratasen con asperezas y abstinencias; y los que tenían su propia voluntad y apetito por regla y ley de su vida, derogada esta ley, abrazasen la del santo Evangelio, crucificando su carne con todos sus vicios y cobdicias.

En lo cual hubo dos grandes dificultades; porque no solo habían de inducir los hombres á este género de vida tan áspera, sino era necesario desarraigar primero la costumbre envejecida de todos los vicios, y destruir los fueros y costumbres de la patria, que habían recibido de sus padres, y abuelos, y de todos sus antepasados, confirmadas con la autoridad y ejemplo de todos los reyes, y con la costumbre inmemorial de tantos siglos. Porque la doctrina del Evangelio todo esto condenaba: la cual atraía los hombres de los deleites á la aspereza, de la avaricia al amor de la pobreza, y del camino largo y espacioso de la carne á la senda estrecha del espíritu.

Y esto pudieron persuadir (como dice Sant Crisóstomo (m), en cuyo tiempo estaba la fe dilatada por todo el mundo), no á diez ni veinte personas, sino á cuantas moraban debajo del sol. Porque en todas las naciones de los romanos, y persas, y escitas, y indios, y finalmente griegos, judíos y bárbaros se edificaron iglesias y altares de Cristo. Y desta manera el mundo, que era como un erizo lleno de espinas, fué repurgado y alimpiado para que fuese cultivado, y recibiese la semilla saludable de la palabra de Dios. De modo que esta nueva filosofía no solo llegó á las tierras vecinas á Hierusalem (de donde ella salió), sino hasta los últimos fines de la tierra; y esto en tan breve espacio, que el profeta Esaías (n) se maravilla de la lijereza con que los discípulos á manera de nubes volaron por todo el mundo, regando la tierra con la lluvia de su doctrina, para que diese frutos de vida eterna. Y en el cap. xxiv, despues de declarada por palabras clarísimas la destruición de Hierusalem y de su pueblo, nos convida á dargracias y alabanzas al Señor, por haber recompensado la pérdida desta ciudad y de su pueblo, con la conversion del mundo, diciendo: Por tanto glorificad al Señor con las doctrinas, y en las islas muy apartadas alabad el nombre del Señor Dios de Israel. Dende los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo. Justo llama al Salvador, por ser él por excelencia justo, y autor de nuestra justicia.

(m) Chrysost. homilia: Quod Christus est Deus, infr. med. t. 3. (n) Esaí. 60.



## §. II.

Prosigue la misma materia.

Mas esta dilatacion de la fe fué mucho mayor en tiempo del cristianismo y grande emperador Constantino, en cuyo tiempo nació Sant Hierónimo, el cual toca brevemente esta conversion del mundo en el Epitafio de Nepociano por estas palabras: Antes de la resurreccion de Cristo en sola Judea era Dios conocido, y en Israel era grande su nombre (o); mas agora todas las lenguas y letras de las gentes cantan su sagrada pasion y resurreccion. Callo las tres naciones de hebreos, griegos y latinos, las cuales nuestro Salvador dedicó con el título de su Cruz, que en las lenguas destas tres naciones estaba escrito: ya el indio, y el persiano, y el godo y el egipciano saben filosofar y tratar de la inmortalidad del ánima que vive despues del cuerpo, que es lo que Pitágoras soñó, y Demócrito no creyó, y Sócrates para consolacion de su condenacion disputó en la cárcel. La fiera de los vecinos de Tracia, y aquella gente bárbara vecina del Norte, que andan cubiertos con pieles de fieras (los cuales en los tiempos antiguos sacrificaban hombres en los enterramientos de los muertos), mudaron su barbarismo en la dulce melodia de la Cruz; y la comun voz de todo el mundo es *Jesucristo*. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo. El cual en la epístola que envió á una noble señora romana, por nombre Leta, escribe que un pariente suyo de la nobilísima familia de los Gracos, pocos dias ántes habia despedazado los ídolos de diversas gentes, de que él allí hace mencion, aun ántes que recibiese el santo bautismo. Y añade luego: La gentilidad padesce ya en las ciudades soledad y falta de sus ídolos; y los que ántes eran dioses de las naciones están ya con los buhos y lechuzas encima de los tejados. Las púrpuras y coronas de los reyes que resplandesen con piedras preciosas, están hermoeadas con la gloriosa señal de la Cruz. Ya el dios Sérapis de Egipto se ha hecho cristiano, y cada dia recibimos en esta tierra compañías de monjes que vienen de la India, de Persia y de Etiopia. El armenio dejó ya sus saetas. Los hunnos aprenden el Psalterio. Los frios de los scitas, vecinos del Norte, hierven con el calor de la fe. El ejército resplandeciente y rubio de los getas trae las señales de la Iglesia; y por esto pelean por ventura con nosotros con iguales fuerzas, porque con semejante religion. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo, por las cuales entenderemos cuán dilatada estaba en aquel tiempo la predicacion y fe del Evangelio por todas las partes del mundo.

Sobre lo dicho encarece Sant Crisóstomo (p) esta maravillosa obra, diciendo que si esta tan gran mudanza del mundo se hiciera en tiempo de paz, donde nadie la contradijera, todavía fuera obra admirable; mas no fué así, sino que todas las gentes, y reinos, y provincias, todos los reyes y monarcas del mundo se armaron y conjuraron contra ella, viendo que esta doctrina escupia sus dioses, escarnecía sus solemnidades, y abominaba sus sacrificios, y pisaba las estatuas de sus ídolos: lo cual los paganos sentian tanto, como nosotros sentiríamos si nos obligasen á hacer con la imagen del Crucifijo lo que nosotros hacíamos con las de sus dioses. Y no contentos los tiranos con quitar la vida á los fieles, inventaban cada dia nuevas maneras de tormentos contra

(o) Psalm. 75. (p) Ubi supra.

ellos: azotes, cadenas, destierros, perdimiento de bienes, fuegos, cruces, parrillas, sartenes, bestias fieras, garfios y peines de hierro, tinas de aceite hirviendo, cárceles oscuras y hambre continua. Nada desto bastó para vencer la fe y constancia de los sanctos. Mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion) muchos dellos ardian tanto en el amor de Cristo, que deseaban mucho mas padecer tormentos por él, que los hombres del mundo desean honras y prosperidades, porque entendian cuánto mayor honra era esta que todas las que el mundo puede dar. Y así escribe el Apóstol en la Epístola á los hebreos (q), hablando de los que entre ellos eran fieles, que habian sufrido con alegría el despojo y robo de sus bienes, como gente que esperaba otros mayores y mas durables en el cielo. Y de los gentiles que habian creído en Macedonia, dice (r) que afligidos con grandes persecuciones, no solo no desmayaron, mas ántes recibieron con ellas grande alegría. Y de los apóstoles se escribe, que siendo azotados por mandamiento del summo Sacerdote, iban muy alegres delante del concilio, por haberlos hecho Dios dignos de padecer injurias por el nombre de Cristo (s); porque ya el Espíritu Santo les habia dado luz para conocer cuán grande gloria era esta. Este contentamiento hallaban en los azotes los que poco ántes por pura cobardia habian huido y dejado al Salvador solo en medio de sus enemigos; para que por aquí se entienda que esta alegría no nacia dellos, sino de la virtud del Espíritu Santo, que les habia dado nuevo corazon y nuevas fuerzas. Pues ¿qué diré del alegría con que Sant Andres saludó y abrazó la cruz en que habia de padecer? ¿Qué del alegría con que el apóstol Sant Pablo esperaba la hora tan deseada de su martirio? El cual estando preso en hierros, escribe á los filipenses estas palabras (t): Si yo fuere agora sacrificado, alegrarme, y gozarme de vuestro bien, y pidoos que os alegréis conmigo, y me deis el parabien desta gloria que espero. ¿Quién jamas vió pedirse tal gozo y tal parabien como este? Esto suelen pedir los amigos á otros amigos cuando han alcanzado alguna nueva dignidad. Mas pedirlo estando en la cárcel, y esperando la espada del verdugo, ¿quién jamas lo vió? Lo que muchas veces se ha visto, es desmayar los hombres, y perder el sueño, y la comida, y toda alegría cuando en tal estado se ven, y ir al lugar de la muerte ya medio muertos. Mas tener tal alegría, y pedir á los amigos que festejasen este dia, y que se alegrasen con él, ¿quién jamas lo vió? ¿Dónde está aquí el amor tan natural de la vida? ¿Dónde el temor natural de la muerte que todos los animales temen? ¿Dónde las leyes de naturaleza, que con tan fuertes inclinaciones procura la conservacion de cada uno? ¿Qué haces aquí, naturaleza humana? ¿Quién te ha privado de tus derechos? ¿Quién te ha despojado de tus fuerzas? ¿Quién te ha así trocado y subjectado á otras nuevas leyes? Pues ¿quién será tan rudo que no vea cómo no obra aquí la naturaleza, sino la gracia? No la virtud humana, sino la divina? No el hombre solo, sino Dios con el hombre?

Pues aun mas admirable cosa es la que diré. Porque con todas estas máquinas de tormentos no solo no pudieron todos los reyes y emperadores impedir la conversion de los hombres, mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion) cuanto mas los perseguian, tanto mas se convertian, y cuanto mas cristianos martirizaban,

(q) Hebr. 10. (r) 2. Cor. 8. (s) Act. 5. (t) Philip. 2.

tanto mas se multiplicaban, sabiendo cuántos linajes de tormentos les estaban aparejados, recibiendo la fe. A los cuales la prudencia humana hablaba á cada uno en su corazon, y le decia: ¿Qué haces, hombre? ¿Qué determinas? ¿Qué acuerdo es ese que tomas? ¿No ves que están contra tí armados los reyes y emperadores? No ves que hasta los mismos padres se encruelen contra sus hijos, y los persiguen como á enemigos por esta nueva doctrina? No ves que es locura dejar los dioses que adoran los emperadores, y todas las naciones del mundo, por adorar un hombre crucificado? No ves las cárceles llenas de hombres presos por esta causa? No ves las justicias y carnicerías que cada dia se hacen en ellos? ¿No te espantan los ríos de su sangre que cada dia se derraman por todas partes? ¿Pues no está claro que así el demonio como la prudencia del mundo representarian todo esto y mucho mas á los corazones de los que de nuevo trataban de convertirse á la fe? Pues todas estas razones y miedos vencieron innumerables hombres, y mujeres, y doncellas, y niños que se convirtieron, sin embargo de ver todo esto cada dia con sus ojos. Pues ¿quién no reconocerá aquí la virtud de Dios en tan gran mudanza de corazon? Aquí vemos lo que acaesció á los hijos de Israel en la tierra de Egipto, que cuanto mas el rey Faraon los perseguia, y queria disminuir, mandando ahogar los hijos varones, tanto mas ellos se multiplicaban (v): así tambien en la conversion del mundo, cuanto con mayor ansia trabajaban los emperadores por apocar el número de los fieles, tanto mas ellos crecian, porque el mismo Dios, que allí resistia al rey Faraon, aquí resistia á los emperadores del mundo; y el que allí multiplicaba los hijos de Israel, aquí multiplicaba los fieles. Y si nadie puede negar que allí obraba Dios, mucho ménos lo podrá negar aquí; porque allí Faraon hacia guerra á aquel pueblo mandando ahogar los niños, mas aquí hacian guerra los emperadores con extraños tormentos.

## §. III.

Prosigue la misma materia.

Este pues dije al principio que era el mayor de todos los milagros, por concurrir en él tantas maravillas juntas. Porque una maravilla fué desterrar la idolatría del mundo confirmada con la costumbre de todos los siglos pasados; otra fué hacer que los hombres creyesen que un hombre justiciado entre ladrones, y muerto, y sepultado, era verdadero Dios y Señor de todo lo criado; otra maravilla fué mudarse las costumbres de los hombres de una vida tan deliciosa y perversa, á una tan sancta y tan áspera; otra fué padecer tantos cuentos de mártires tan exquisitos tormentos con tan grande constancia y alegría; otra fué que mientras mas perseguidos eran los cristianos, mas se convertian cada dia y se multiplicaban. Y otra fué haber Dios acabado esta tan grande obra por medio de unos pobres pescadores y hombres rudos y idiotas.

Son todas estas cosas juntas y cada una por sí tan grandes y tan admirables, que era imposible acabarse sin socorro sobrenatural de Dios. Y dejados aparte todos aquellos misterios que al principio propusimos de la resurreccion de los cuerpos, y de la beatísima Trinidad y del sanctísimo sacramento del Altar, pongamos los ojos en solo el misterio de la Cruz, y acordémonos de lo

(v) Exod. 1.

que al principio propuse, que en aquel tiempo era muy mas afrentoso nombre el de la cruz, que agora lo es el de la horca, y el del crucificado que el del ahorcado, por las razones que allí alegamos. Porque pondere agora quien tiene juicio, ¿qué pareceria predicar en aquel tiempo, que un hombre justiciado con este tan vergonzoso tormento entre ladrones era Dios; y afirmar esto, no Aristóteles, ni Platon, ni otro algun insigne filósofo, sino unos hombres desharrapados, que nunca aprendieron letras ni ciencias humanas? Pues ¿cómo era posible crear esto tantos millares de hombres de todas las naciones del mundo, así sabios como simples, si no fueran movidos por el Espíritu Santo, y convencidos con evidéntisimos milagros, mayormente poniendo á manifestísimo peligro sus vidas los que esta fe recibiesen?

Mas para que mejor esto se entienda, pongámoslo en práctica con algun ejemplo particular. Fué el emperador Constantino uno de los mas valerosos emperadores del mundo, así en la guerra como en la paz, segun está ya declarado, el cual solo poseyó el sceptro del imperio romano sin otro compañero. Pues ¿cómo era posible que un príncipe de tan gran valor desechase y pisase todos los dioses de los emperadores sus antepasados (en cuyo tiempo habian ellos conquistado el mundo, y subjectándolo á su imperio), y adorase por único y solo Dios un hombre ahorcado entre ladrones? (Uso, como dije, deste nombre por mostrar la ignominia en que la cruz entonces era tenida.) ¿Cómo era pues posible que un tan valeroso príncipe tal creyese, si la fuerza de los milagros y la virtud del Espíritu Santo no le persuadieran esta verdad tan ardua, y tan dificultosa de creer, y que esto creyese con tanta firmeza que en todos sus estandartes y banderas no trajese otra señal sino la de la Cruz? Mas entre otros milagros el primero fué, que habiendo de entrar en batalla contra Majencio, tiranno que imperaba en Roma, vió él juntamente con todo su ejército la gloriosa señal de la Cruz hecha en el cielo hácia la parte del mediodía sobre la tarde, con estas palabras escriptas: *Constantino, con esta señal vencerás*. Y Eusebio Cesariense cuenta que él mismo oyó al dicho emperador contar á muchos esta maravilla, y afirmarla con juramento. Y luego puso esta gloriosa señal en su estandarte, y con ella venció al tiranno sin sangre de los suyos ni de los romanos, que era lo que él mas deseaba. Pues por este ejemplo se entenderá cuán grande maravilla fué que no solo este emperador, mas tambien tantas diferencias de naciones pudiesen acabar consigo creer que un hombre con tan vergonzoso tormento justiciado era Dios. ¿Qué dijeras, Aristóteles, si esto oyeras? Y ¿qué sintieras si á fuerza de milagros lo creyeras, pues era tan grande la estima que tenias de aquella altísima y divinísima substancia, que juzgabas por cosa indigna de su Majestad pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura? ¿Qué sintieras si creyeras que pasó tan adelante la bondad y caridad deste Señor, que vino á hacerse hombre por amor de los hombres? ¿Y cuál fuera tu pasmo, si junto con esto creyeras que ese mismo Señor llegó á padecer la muerte que por ellos padesció? ¿Qué espanto fuera el tuyo, si te vieras sumido en este abismo de tan grande bondad y caridad, y entendieras los fructos inestimables que de esa muerte procedieron.

Esta es pues aquella maravilla que el Apóstol encarece cuando dice (x): Claramente se ve cuán grande mis-

(x) 1. Timot. 5.



terio haya sido haberse manifestado Dios en la carne, y ser él testificado y aprobado por el Espíritu Santo, ser revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído del mundo, que es haber rendido y sujetado los entendimientos humanos á creer cosa tan admirable.

Esta victoria compara el profeta Esaías con la que alcanzó Gedeon de los madianitas, cuando dice (y): Alegrarse han, Señor, los tuyos delante de tí, como se alegran los labradores en el tiempo que recogen las mieses, y como se gozan los vencedores habida una gran presa cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima de tu pueblo el yugo pesado del enemigo, y la vara de sus hombros, y el sceptro del tiranno, así como lo quitaste de tu pueblo en el día de la victoria contra Madian. Esta victoria alcanzó Gedeon contra un ejército innumerable de los madianitas que tenían oprimido el pueblo de Israel (z): al cual mandó Dios que no llevase consigo mas que trecientos hombres, cada uno de los cuales llevaba en la una mano una trompeta y en la otra una hacha encendida dentro de un vaso de barro. Y quebrados los vasos resplandesció la lumbrer que dentro estaba, y tocando las trompetas, espantados los enemigos, ordenándolo así Dios, volvieron las armas contra sí mismos y unos á otros se mataron, y con esta tan gran victoria el pueblo de Israel, que estaba oprimido de los madianitas, quedó libre. Pues ¿qué hombre habrá tan bruto que no vea claramente esta victoria haber sido alcanzada por solo el poder de Dios? Pues con esta manera de victoria compara el Profeta la que Cristo por medio de sus ministros alcanzó del poder y tiranía del príncipe deste mundo, el cual tenía tiranizado todo el género humano, oprimiéndolo con la pesada carga de los pecados y azotándolo con la vara de sus mismos apetitos y pasiones, pidiéndoles cada día el tributo de aquel primer pecado que era la muerte y las penalidades que dél se siguieron, con otros nuevos pecados que de aquel procedieron. Porque así como Gedeon con el sonido de las trompetas y con el resplandor de aquellas lumbreras que se descubrieron quebrados los vasos de barro, así el Salvador con el sonido de la predicación del Evangelio y con la claridad de las virtudes que en las costumbres y vida de los varones apostólicos resplandecía (la cual señaladamente se veía en la mortificación de su carne con todos sus apetitos, y en la paciencia que tenían en el despedazamiento de sus cuerpos), con estas dos cosas nos libró de la subjección y captiverio deste crudelísimo tiranno. Pero esta victoria fué tanto mas esclarecida que aquella, cuanto fué mayor cosa librar los hombres del poder de los demonios que á los hijos de Israel de la subjección de los madianitas; y cuanto es mas triste la servidumbre y captiverio de las ánimas que la de los cuerpos, y cuanto es mayor hazaña sujetar el mundo al imperio de Cristo que vencer un ejército de enemigos. Pues si confesamos que aquella victoria de Gedeon fué milagrosa, ¿cuánto mayor milagro es haber alcanzado esta con tan pocos hombres, y esos tan rudos y bajos como aquí habemos declarado?

Y para que se vea cuánto esta obra sobrepuja toda la facultad del poder y saber humano, consideremos cuán grandes filósofos y cuán elocuentes y sabios hubo en el mundo, los cuales no fueron parte para acabar esta obra, ni sacarlo de tan abominable ceguera y engaño; y miremos por otra parte quiénes fueron los que esto pudieron

(y) Esai. 9. (z) Judic. 7.

acabar. Y dejados aparte otros insignes filósofos, pongamos los ojos en solo Platon, que fué segun Tulio cree, el principal de todos. Cuán grande haya sido la sabiduría y elocuencia deste filósofo, sus obras lo declaran; y no fué menor su virtud y el deseo que tuvo de inducir los hombres al amor della. Y viendo que en Atenas nada aprovechaba su diligencia, pasó de ahí á Sicilia y á Cirene, á Egipto y á Italia, para ver si en estos lugares hallaría personas á quien persuadiese la virtud que él deseaba. Pues si la opinion y fama de la virtud pudiera algo, ninguno fué en aquellos tiempos mas afamado en la virtud que él. Si la elocuencia es poderosa para persuadir lo que quiere y arrancar de raíz las opiniones falsas, ninguno hubo en Atenas (donde nació y creció la elocuencia) que fuese mas elocuente que él. Y para traer los hombres al amor de la virtud, no les ponía delante trabajos, sino la hermosura y la dignidad y gloria que andan en compañía della; mas veamos agora con todas estas partes tan principales, ¿qué acabó con los hombres? ¿Qué vicios desterró? ¿Qué desórdenes quitó? ¿Qué república de la manera que él tanto deseaba fundó? Claro está que ninguna. Mas estos nuestros pescadores, idiotas y rudos, y ajenos de todas las artes y letras polidas, mudaron el mundo, y apartándolo de innumerables vicios y pecados horrendos en que estaba sumido, lo levantaron al amor y estudio de la verdadera religion y sanctidad; y de tal manera lo armaron y persuadieron, que por no perder la virtud consintiesen en perder la vida. Pues ¿quién no reconoce aquí el poder de aquel soberano Señor que con los hombres mas bajos del mundo acabó la mayor obra de cuantas se han visto en el mundo?

Pongamos otro ejemplo. ¿Cuán gran número de predicadores hay hoy día en la Iglesia que toda su juventud gastaron en aprender letras para hacer este oficio competentemente? Pregunten pues á alguno dellos, aunque sea de los mas afamados, cuántos hombres de los que estaban envueltos en pecados sacaron de pecado y hicieron amadores de la virtud, y verémos cuán pocos podrán señalar. Y estos tienen ya medio camino andado, pues predicán á los que ya tienen recibida la fe; ni el que aceptare la doctrina tiene por qué temer cárceles y tormentos como temían los que en aquel tiempo se convertían, antes con la virtud ganan crédito y reputación; y con todo esto son tan pocos los que por la doctrina mudan la vida, que los podríamos contar por los dedos. Mas aquellos pescadores, sin embargo de todo lo dicho, fueron parte para que tantas gentes y naciones de tal manera mudasen las vidas, que de hombres infernales se hiciesen divinos y celestiales. Pues ¿qué diré de aquel oficial mecánico que en compañía de otro oficial del mismo oficio trabajaba noche y día con sus manos para sustentar á sí y á sus compañeros (a)? El cual con toda esta ocupacion y baja de oficio hinchó todas las tierras vecinas al mar Ilirico de la predicacion y sanctidad del Evangelio. Pues ¿qué cosa mas admirable y mas fuera de toda esperanza y fuerzas humanas que esta? ¿Quién no ve aquí clara la asistencia y favor de Dios? Esto pues baste para que veamos con cuán gran lluvia de maravillas está fundada y confirmada la fe y religion cristiana.

Ni hay para qué hacer aquí mencion de la secta de Mahoma, que tan dilatada está por el mundo; porque ningunas dificultades ni circunstancias concurren en ella de las que aquí habemos declarado. Porque primera-

(a) Act. 20.

mente no propuso este engañador al entendimiento humano cosa alguna dificultosa de creer. Porque no le obligó á creer mas de que hay un solo Dios: cosa que todos los grandes filósofos alcanzaron y se alcanza por sola razon natural sin lumbre de fe. Tampoco á la voluntad y á los apetitos de la carne propuso otras cosas mas de lo que ellos se quieren, que es tener licencia para fornicar (porque la fornicacion simple no la puso por pecado) y tener cuantas mujeres pudieren mantener: cosa que ni en las aves se halla, ni los romanos gentiles usaron. Talley como esta recibieron abiertos los brazos los hombres carnales; porque eso era lo que su carne deseaba. Ni aquí hubo contradiccion de emperadores, ni mártires innumerables que padesciesen por esta ley tan agradable á carne y á sangre; ni fué confirmada con milagros ni con razones, sino con armas, con las cuales se ha dilatado por ser muy grande el poder y señorío que la carne tiene en el mundo, y muy pequeño y estrecho el del espíritu. Ni esta secta en sus principios fué recibida sino de gente bruta y bárbara; como quiera que nuestra religion en sus principios haya sido recibida en las naciones mas insignes y políticas del mundo que fueron en el imperio romano (donde estaba la monarquía del mundo), y en Grecia (donde florecían las escuelas de la sabiduría), y en Judea, donde reinaba el conocimiento del verdadero Dios y la doctrina de los profetas revelada por él.

Y quien mirare esta secta, verá que es una ensalada de todas las leyes que hizo este engañador, para atraer á sí los profesores de todas ellas. Porque de los judíos tomó la circuncision y el no comer puerco; de los cristianos tomó decir grandes alabanzas de Cristo y de su santísima Madre, y confesar que Cristo le hacia grande ventaja; y de sí mismo tomó aquel deshonestísimo y sucisimo paraíso de comer y beber, y vicios sensuales de que arriba heimos mencion, con otras patrañas y fábulas mentirosísimas: como cuando dice, que un pedazo de la luna le cayó en la manga, y que él se lo tornó á pegar en su lugar; y otras cosas desta cualidad, de que está lleno su Alcoran; y al cabo, por quitarse de contiendas, viene á decir que cada uno se salva en su ley, lo cual es imposible, si no es la ley verdadera. Pues si es verdadera la ley de los cristianos, y ella condena todas las otras leyes, y las da por falsas, ¿cómo se pueden salvar los hombres en ellas? Mas dejados aparte este monstruo, discípulo de la escuela de Epicuro y de Arrio, vengamos á las profecías con que está confirmada nuestra santísima religion.

#### CAPITULO XXXI.

De la postrera excelencia de la religion cristiana, que es ser confirmada con el testimonio de las profecías.

Despues del testimonio de los milagros síguese el de las profecías, que no es de menor autoridad, pues el uno y el otro tiene por testigo á Dios: el cual solo por excelencia puede hacer milagros, y solo sabe las cosas que están por venir, aunque sean las que penden del libre albedrío y voluntad del hombre, de lo cual él muchas veces se gloria en el profeta Esaías. Mas aunque el un testimonio y el otro sean de igual autoridad, pero mas nos mueve el testimonio de las profecías que el de los milagros: porque los milagros creémoslos, mas no los vimos; pero las profecías juntamente creemos y vemos, porque vemos en nuestros tiempos el cumplimiento de muchas dellas, como parecerá por lo que

T. VI.

aquí dijéremos. Destas profecías unas son del Testamento Viejo, de que se trata en la cuarta parte desta escriptura, y otras del Nuevo, que agora tocarémos.

Entre las cuales pongo en el primer lugar aquella profecía que claramente testifica este soberano milagro de la conversion del mundo, que acabamos de explicar. Porque estando el Salvador vecino ya á su sagrada passion, viendo que por ella se acercaba la redempcion del mundo y la victoria contra el demonio, dijo estas palabras en presencia del pueblo (a): Llegada es ya la hora del juicio del mundo; agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél; y si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. Y añade luego el Evangelista: Esto decia para declarar el linaje de muerte que habia de padecer, que era ser levantado en una cruz. Esta profecía denuncia en pocas palabras la conversion del mundo, como dijimos. Porque decir que el príncipe deste mundo ha de ser juzgado y echado fuera dél, es profetizar que el demonio, que en todas las naciones del mundo, y en todo lo que el sol mira (sacado el rincencillo de Judea) era adorado de reyes, y emperadores, y de todas las gentes, habia de ser despreciado y acceado, es denunciar el mayor de los triunfos de Cristo, que fué el de la idolatría, de que arriba tratamos (b). Y decir que siendo él muerto en cruz, traería todas las cosas á sí, es decir que él sería reconocido, obedecido y adorado por verdadero Dios, desechados los falsos y fingidos dioses. Pues esto es acrecentar una maravilla sobre otra maravilla, y un milagro sobre otro milagro. Porque un gran milagro fué la conversion del mundo, como ya vimos; y otro fué profetizarla ántes que fuese, que es cosa que á solo Dios pertenece, como dijimos. Porque decir un hombre de sí lo que ha de hacer adelante, no es cosa nueva; mas decir lo que pende de voluntad de otros; y no de pocos, sino de gentes, y reinos, y príncipes, no es cosa de hombres; sino de solo Dios: el cual con su sabiduría ve todas las cosas que han de ser, y con su omnipotencia muda las voluntades para todo lo que quiere hacer, y así las mudó para que los hombres, dejados sus dioses, adorasen la Cruz y al que en ella fué crucificado. Esta circunstancia de la gloria de la Cruz (la cual tocamos arriba brevemente) engrandese con mucha razon Sant Crisóstomo (c).

Mas para que entendamos la grandeza desta gloria, debemos considerar lo que arriba tocamos de la ignominia del tormento de la cruz. Porque entre cuantas maneras de tormentos habian inventado los gobernadores del mundo, ó para castigar los malhechores, ó para descubrir la verdad de los delictos, cuales eran azotes, cárceles, cadenas, cruces, tenazas, dientes de hierro, plomo derretido, braseros de fuego, aceite hirviendo, y otros tales (que solo verlos pone horror), este de la cruz se llama en la Escripura maldito (d), por ser el mas infame, mas amenguado, mas terrible y mas vergonzoso de todos, como arriba declaramos. Pues ¿qué cosa de mayor admiracion que venir la mas ignominiosa cosa del mundo á ser la mas gloriosa dél, y mucho mas que las coronas reales de los reyes y emperadores, pues estos mismos quitan las coronas, y reciben en sus cabezas esta gloriosa señal? Esta ponen en su púrpura, esta en sus armas, esta en sus coronas, esta en las entradas de los templos, esta en los altares, esta en la consagracion de los sacerdotes,

(a) Joan. 12. (b) En el cap. 12. (c) Chrysost. Homil. Quod Christus est Deus. (d) Deut. 21.